

cuales si bien no pueden llamarse *historias* han servido, no obstante, para escribirlas.

No podemos aceptar, que la civilización de los árabes en España floreciese durante los 44 años que trascurrieron desde la conquista hasta la presencia del primer Omeyya, que fundó el califato de Occidente. Las contiendas y las rivalidades de los jefes, los desmanes y atropellos de los wacís, las continuas defecciones de los malcontentos y revoltosos y la guerra con los cristianos, fueron causas poderosísimas que alejaron toda idea de una civilización formal y suficientemente robustecida, para que ostentase una grandeza y prosperidad digna de elogio. Esta civilización verdadera la encontramos al afianzarse el califato de Córdoba, y á ella debió contribuir la de los griegos, judíos y romanos.

Y que los islamitas españoles siguieron después de la conquista la civilización romana y goda, en su mayor parte, parece testificarlo el estudio practicado en los monumentos que se conservan de aquellos tiempos. Las grandes y múltiples vías romanas descritas en el *Itinerario de Antonino* y en el *Anónimo de Ravena*, estudiadas con tanto acierto por Cornide, Fernández-Guerra (Sr. D. Aureliano), Saavedra (Sr. D. Eduardo), Caballero, Coello (Sr. D. Francisco), Zeán Bermúdez, Gómez Arteché, Hübner y otros sabios, son una prueba que no puede reprocharse. Lo repetimos: los árabes españoles fueron agricultores, industriales y manufactureros; cultivaron la filosofía y la medicina; vémosles que sobresalen en la botánica y en la farmacia, en la poesía y en la literatura, ejerciendo grande influencia durante el período de la Edad Media; pero esta civilización no la importaron del Oriente, sino que cultivaron en provecho propio la que poseían los cristianos y los judíos *sphardim*. En verdad que se siente un disgusto indefinible cuando se estudian los escritos de muchos pensadores modernos, todos hombres ilustres por sus conocimientos, al ver como elevan sus elogios al pináculo del entusiasmo, ensalzando á los hijos del islamismo más de lo justo y razonable. Nos parece que algunos de estos trabajos revelan cierta intolerancia, y una disposición preconcebida para desprestigiar, en determinados casos, el Catolicismo. Y si no ¿por qué admitieron á pesar de su tan decantada ciencia astronómica el sistema de Claudio Ptolomeo, que imperó durante trece siglos no interrumpidos?

Con bastante ligereza é inoportunidad nos recuerda el señor Profesor de ciencias exactas del Instituto libre de Estepa D. Ubaldo Romero Quiñones en su libro intitulado *La religión de la Ciencia*, trayendo á plaza la mayor parte de los primores científicos de los árabes que da á conocer Draper en su obra de *Los conflictos*, á la que aquel Profesor se halla muy encariñado, « que Al-Mamum conoció la esfericidad de la tierra y dió orden á sus matemáticos

de medir un grado de círculo terrestre; que crearon la química (sic) y fundaron los primeros observatorios astronómicos en Sevilla, la *Giralda* y Samarcanda... etc.» El profesor Draper nos dice respecto á observatorios y escuelas lo que sigue: «El imperio árabe se cubrió en todas partes de escuelas y colegios; los hubo en Mongolia, en Tartaria, en Marruecos, en Fez y en España: en uno de los extremos de este vasto imperio, mucho más extenso que el romano, se elevaba el observatorio de Samarcanda, y en el otro el de la Giralda en Es-



El Alcázar de Sevilla.

paña... etc.» (Traducción ya citada). Consideramos un descuido pasajero del señor Romero Quiñones aquello *del observatorio de Sevilla y del de la Giralda*; porque todos los españoles y en particular si son andaluces, saben que la Giralda, que pudo ser el observatorio astronómico del amir de Sevilla, es la torre que tiene hoy la catedral sevillana y aun conserva aquel mismo nombre.

Ya hemos dicho que el saber de los sectarios de Mahoma en España se exagera demasiado por los arabistas, y causa extrañeza que, después de tanto sa-

ber y tanta ciencia que han hecho exclamar al señor Quiñones: «La ciencia matemática árabe, que era por entonces la síntesis más completa del mundo intelectual, nutrida de sabiduría... etc.,» el califa Al-Mamum hiciera traducir al árabe el tratado de Ptolomeo (Claudio) sobre la matemática celeste que dió á conocer con el nombre de *almagesto*. No se comprende, decimos nosotros, como tantos sabios islamitas incluso el mismo Califa y luégo sus sucesores, que conocían perfectamente la esfericidad de la tierra y otros muchos problemas, que tardaron aún siglos en darse á los vientos de la publicidad, dieran tanta importancia á la sintaxis de Claudio Ptolomeo que se halla en completa y absoluta contradicción con el *cúmulo* de observaciones practicadas por los árabes en aquellos tiempos en las orillas del Mar Negro y en la llanura de Shinar y después próximo á Cufa en Mesopotamia. La aceptación unánime y general que tuvo entre los árabes el sistema de Ptolomeo, que después del califato de Al-Mamum siguió imperando en absoluto por todo el mundo científico hasta el siglo xvi, nos demuestra, que los conocimientos astronómicos de los islamitas en los siglos vii y siguientes hasta su completa expulsión de España á fines del siglo xv, no estaban á mayor altura que los que poseían la generalidad de los hombres consagrados al estudio de los fenómenos naturales, y con especialidad los celestes; porque de no ser así el califa Al-Mamum no hubiera perdido el tiempo mandando traducir al árabe el sistema de Claudio Ptolomeo, que estaba en completa oposición con los conocimientos que, se dice, había adquirido sobre la esfericidad de nuestro planeta.

Los estudios en el fecundo campo de la historia dan á conocer las vicisitudes y vaivenes de los pueblos, sus glorias y adversidades, sus pasiones y miserias, sus luchas intestinas y sus constantes aspiraciones para alcanzar todos los adelantos y progresos de la humanidad. Por esto nos parece un poco forzada la definición que ha dado de la Historia un sabio profesor á quien la suerte, como á otros muchos, tal vez, no le ha sido propicia.

«La *historia*, según opina el señor Lingard, sólo presenta un cuadro repugnante de las miserias que ha sufrido la humanidad por las pasiones de algunos hombres.» Si en determinados episodios hay alguna verdad, no podemos estar conformes en el todo de la definición. La *historia* será siempre el crisol donde se purifiquen y aquilaten los errores de la humanidad, y el espejo que refleje todos sus extravíos, sus virtudes y sus heroicidades. Para F. Schlegel la historia es una lucha constante de las naciones y de los individuos contra los poderes invisibles.

Los estudios en el campo de la filosofía enseñan las conquistas pacíficas de la ciencia, sus múltiples y variadas aplicaciones, y el sin número de hipótesis y teorías que se han dado á conocer para explicar los diferentes fenómenos

que se presentan, ya en el orden moral y psíquico, ya en la esfera del derecho natural, ya, en fin, en la constante evolución del mundo físico y experimental.

El paganismo, divinizando la materia y santificando el poder y la tiranía, apresuró la ruína de la antigüedad. La decadencia moral provenía de la falta de fe y de creencias religiosas. El Evangelio vino á salvar la sociedad, y el Catolicismo enseñó á adorar á Dios, espíritu puro, esencia increada, unidad indivisible que guía y dirige las leyes generales y particulares así de lo infinitamente grande como de lo infinitamente pequeño.

El Cristianismo tomó su puro y radiante vuelo desde las criptas sagradas, donde los santos Mártires con sus sublimes esencias espirituales trasportaron aquellos dogmas y preceptos por todo el ámbito de la tierra. El pensamiento de Dios los iluminaba cual antorcha refulgente para el consuelo de la humanidad. Es que el Catolicismo, siempre grande, siempre augusto y misericordioso, derramó con frecuencia agua bendita en la tumba de sus obcecados enemigos.

Se pretende con insistencia que existen desacuerdos entre el Catolicismo y la ciencia experimental, y de ahí nace la indiferencia, ya que no el menosprecio, con sus sagrados dogmas. El progreso de la ciencia será variable é ilimitado, y en su esplendoroso camino jamás se encontrará en oposición con las creencias dogmáticas católicas, que son infinitas, permanentes é inmutables por su naturaleza y origen divino. En la lucha que hemos examinado entre el Cristianismo que nacia y el paganismo que agonizaba, se descubre un hecho verdadero é innegable; el íntimo consorcio entre la Religión de Cristo y la ciencia experimental.

En las conquistas de los hijos del islam, sólo hemos visto fanatismo, destrucción y muerte primero, fatalismo luégo y exageración y exclusivismo después. La ciencia del árabe consignada en el gran libro del Profeta, Al-Korán, es un tejido de principios y preceptos inconexos, que muchos de ellos ni siquiera están dentro el buen sentido y del criterio racional; de ese criterio que se adquiere contemplando los fenómenos naturales, psíquicos y morales que se reproducen constantemente con pasmosa regularidad y armonía, ó se realizan en el movimiento progresivo de la vida de los pueblos.

La milagrosa reaparición de la monarquía española en Asturias, la manera como fué desarrollándose paulatinamente y el prestigio que alcanzara en medio de tan poderosos enemigos, son circunstancias dignas de llamar la atención del lector católico.

Las concesiones que los musulmanes hicieron á los españoles en determinados casos, respondían á una necesidad imperiosa del momento; tal era la de

conservar, en lo posible, el país conquistado para que los moradores continuaran en sus faenas cotidianas. ¡Ah! Los españoles sufrieron grandes y penosas humillaciones, á pesar de la política y sagacidad de los conquistadores al llevar á cabo algún tratado; que no pasa un pueblo de una á otra dominación sin que vea quebrantados los fueros de su independencia y perdidos todos los sagrados derechos de sus leyes y creencias religiosas.

Hoy que la crítica mordaz y apasionada halla con frecuencia ocasión propicia para desprestigiar cuanto tiene relación con el Catolicismo, enalteciendo la autoridad y la ciencia de los musulmanes, sin cuidarse de ser justos é imparciales al dar á conocer aquellos héroes y capitanes, que sin parar en dificultades ni tropiezos emprendieron con denuedo y bizarría la colosal empresa de restaurar la monarquía goda, y con ella la reconquista de la patria oprimida, la Religión ultrajada y las leyes, usos y costumbres hollados y mancillados por el árabe vencedor; hoy que se sacan á plaza las opiniones de filósofos antiguos y las creencias ya olvidadas de sectas sin crédito ni prestigio, para inventar delirios á los cuales se les ha dado el nombre de *conflictos*, y para que causen efecto se les pone frente á frente del Catolicismo; el conocimiento de los principales acontecimientos de la reconquista de la historia patria y de la evolución científica, en la forma que venimos haciéndolo, abrirá extensos horizontes iluminados con la luz de la verdad y del recto sentido. En vano se pretende que la Iglesia de Jesucristo ha variado en el trascurso de los siglos, confundiendo con el dogma la influencia que el Pontífice pudiera tener en los negocios públicos y civiles. El dogma de la Iglesia cristiana católica sigue constante en su misión civilizadora, de tal manera, que cuantos esfuerzos hagan los positivistas y ateos serán infructuosos.

Ya lo hemos dicho y repetimos ahora. No combatimos directamente ninguna escuela ni secta; estudiamos los principales problemas de la ciencia en sus diferentes fases, y con ello los errores de Draper y su escuela y demás sectas ateas para que nuestros lectores conozcan los abismos á que conduce el racionalismo.

¡Desventurados los racionalistas, dice el R. P. José Mendive en su libro intitulado *la Religión católica vindicada de las imposturas racionalistas*, que, en medio de tanta luz, se ciegan temerarios por su propia voluntad, y no quieren ver lo que está patente á los ojos de todo el mundo.

Se han dado á la prensa multitud de producciones científicas ó literarias en pequeños volúmenes, que la juventud busca con avidez y lee con curiosidad, en los cuales más ó menos directamente, ó con inimitable desenfado, se ataca la verdadera Religión, perturbando la marcha tranquila y sosegada á la par que majestuosa, que vienen siguiendo hace años los estudios de geología,

paleontología, biología, morfología y antropología, y los de física, química é historia natural... etc.

Han hecho en nuestros días mucho ruido la *Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia*, que el señor Draper nos ha dado á conocer; pero en este libro no vemos que se haya resuelto ninguno de los problemas fundamentales que traen en desacuerdo á los sabios actuales. Á decir verdad, el tal libro sólo ha producido escándalo.

También han sido de gran efecto los escritos publicados con los ilustres nombres de los señores Boucher de Pertres, Büchner, Hon, Wogt, Huxley, Hœckel, Darwin... etc. Todos ellos, en general, nos hablan con entusiasmo de la *naturaleza*, de los fenómenos *naturales*, de las fuerzas *naturales*, de las leyes de la *naturaleza*... etc.; y, dicho sea de paso, aun no hemos definido y fijado de un modo real lo que debe entenderse por la palabra *naturaleza*. Aquí pudiéramos decir con un autor moderno: «Dáis á la palabra *naturaleza* un valor autoritario, absoluto, supremo, incondicional, y no señaláis si se limita á nuestro planeta, al sistema solar ó al Universo pancósmico.»

Nosotros vemos ahora la cuestión de siempre. Nos parece que retumban por nuestros oídos los gritos desaforados de los enciclopedistas y las blasfemias de sus hermanos los escépticos y racionalistas, durante la mayor parte del siglo pasado; empero la lucha está planteada ahora con más hipocresía, porque los que atacan al Catolicismo lo hacen casi siempre sin nombrarle, dirigiendo sus envenenados tiros á desvirtuar los dogmas, escudados en los descubrimientos y teorías de la ciencia experimental. En los tiempos que corremos hay más intención y malicia.

Los trastornos políticos exaltan las pasiones de los hombres, que siempre tumultuosas y desordenadas é influídas por una filosofía errónea y capciosa, lejos de mejorar la administración pública y la condición del obrero, han servido para zaherir el sentimiento católico y los dogmas que le sirven de fundamento.

Somos francos: creemos que el positivismo y el materialismo contemporáneos se esfuerzan en vano sacando á plaza cuestiones debatidas en otras épocas, donde el Catolicismo tiene demostrado con elocuente lenguaje su origen divino. Jesucristo es el pan de la vida, no el simple revelador de una nueva religión. El Cristo Hijo de Dios coetáneo con el Padre. La filosofía en sus especulaciones ha encontrado obstáculos insuperables, que sólo ha conseguido vencer amparándose de la noción cristiana. Esa anhelada *unidad* buscada con afán por aquellos que proscriben la metafísica, se aprecia perfectamente en el conocimiento de Dios por el Cristo y en el Cristo. Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo: Dios de Dios, uno en esencia y trino en personas... ¿Nos que-

rrá decir el señor Draper, si en esta creencia cristiana católica se perjudica la fuerza expansiva del vapor, la acción de las corrientes de la electricidad dinámica, las modificaciones que la luz hace experimentar á ciertos compuestos

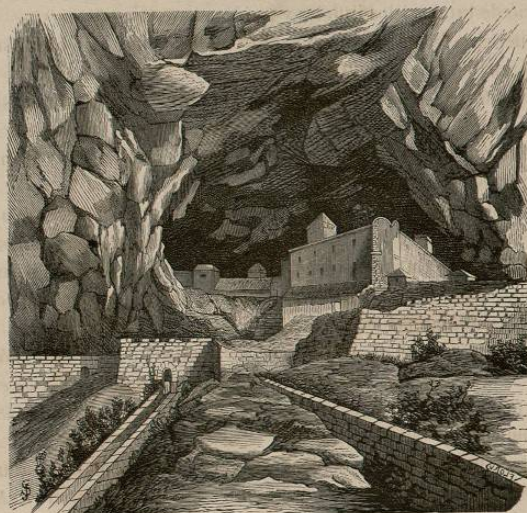


Pelayo.

químicos, las diferentes ondulaciones del misterioso éter, ó al movimiento armónico de lo muy grande ni de lo muy pequeño?

Os afanáis, repetimos, en buscar la unidad, queréis que no haya más que una fuerza, una materia, una ley, y os olvidáis de reconocer esta suspirada *unidad* en la Iglesia cristiana. Allí está lo absoluto con todo su esplendor y ma-

jestad augusta. En el principio cristiano veréis condensada la perfección, que demuestra la verdad despojada de mistificaciones y deslumbradoras utopías. Ante la fe católica desaparece el paria y el faquir, no existe el sudra y el hebreo; el sunnya, el eslavo, el ilota y el siervo adquieren la dignidad propia y peculiar al sér humano; todos resultan iguales ante Dios. La humanidad os enseña la unidad apetecida, la unidad que tanto os interesa conocer, y que buscáis en los arcanos insondables de los fenómenos naturales. Ante la ciencia de la naturaleza,—no lo olvidéis,—nada hay que sea absoluto, sólo se encuen-



Covadonga.

tran relaciones de dimensión, peso é intensidad, que apreciamos y medimos de un modo convencional y hasta arbitrario.

Los árabes, quizá diríamos mejor los bereberes, capitaneados por Tárík, Muza y otros caudillos, engolfados en sujetar las ricas comarcas españolas, habían mirado con menosprecio las quebradas regiones donde se refugiaron los fugitivos cristianos. Del fondo de aquellas grutas inaccesibles, de las entrañas de cuevas insondables, del corazón de empinadas montañas, de la cima de elevados cerros, del confin de dilatados bosques, salió el eco guerrero que llamó á todos los buenos españoles para defender la libertad, la religión y la patria (718). Todos aquellos que no transigieron con el nuevo sistema civil,

político y religioso establecido por los conquistadores, vinieron á condensarse en las quebradas regiones de Asturias y Vizcaya, habitadas por los galegos y astures y por algunos otros pueblos, que acudieron presurosos á tan patriótico como santo llamamiento.

Apenas trascurrieron tres años, cuando estaban ya establecidos en las llanuras de Canicas, y levantaron á Pelayo sobre el pavés asturiano.

Al-Kamah fué derrotado al pié del monte Auseba. La naturaleza se conjuró contra el árabe usurpador, y las flechas, los dardos, los peñascos y hasta el desbordamiento del río Deva ayudaron al naciente ejército de Pelayo, y Covadonga sirvió de tumba á los infieles y traidores.

Á la muerte de Don Pelayo ocupó el trono de Asturias su hijo Don Favila, que fué víctima de la ferocidad de un oso.

Le substituyó Don Alonso I, llamado el *Católico*, casado con Ormesinda hija de Don Pelayo, que ensanchó sus conquistas dejando el cetro á su hijo Don Fruela I. Este esforzado y valiente monarca ganó la batalla de Pontumio, y fué asesinado por los suyos.

El trono asturiano se vió regido por su tío Don Aurelio que había asesinado á su hermano, pero á su vez, fué también víctima del puñal de los revoltosos capitaneados por Gutierre Osorio. Luégo la corona pasó á su hermano Don Silo, que se asoció á Don Alfonso II; no sin que durante su reinado dejara de ser afortunado en algunas batallas.

Don Mauregato se apoderó de la corona ayudado del califa de Córdoba, y en recompensa, dícese que pactó el tributo llamado de las *cien doncellas*. Los autores de más crédito niegan tan ignominioso tributo, que repugna á la dignidad humana.

La nobleza unida con el pueblo, eligió por monarca á Don Veremundo I, *Diácono*, el cual renunció la corona á su legítimo heredero Don Alonso II apellidado el *Casto*. Este monarca realizó grandes y atrevidas excursiones y reinó 51 años, llamándose rey de Oviedo.

Á su muerte la corte nombró á Don Ramiro I, que tenía por competidor al conde Nepociano: en este reinado colocó el arzobispo Don Rodrigo la ilusoria batalla de Clavijo.

Le sucedió su hijo Don Ordoño I, en cuyo reinado los cristianos fueron perseguidos con inaudita crueldad. Al bajar al sepulcro, el cetro pasó á manos de su hijo Don Alfonso III, llamado el *Magno* por sus proezas, quien dió gran impulso á la restauración. Sus tres hijos le fueron ingratos, empero todos llegaron á empuñar el cetro de Asturias. En este reinado floreció el célebre Bernardo del Carpio.

Mientras en Asturias se cimentaba una nueva monarquía por los heroicos

esfuerzos de un puñado de valientes españoles, en Cataluña otro hombre arrojado y de corazón noble, llamado Otger, que se había refugiado también entre las breñas y escarpadas rocas de los Pirineos, levantaba un nuevo estandarte (754) para defender asimismo su religión é independencia y destruir al enemigo común. Nueve esforzados varones apellidados después los *nueve barones de la fama* se unieron al esforzado caudillo, y muy pronto se formó una hueste respetable y temible que aterró á los ejércitos agarenos. Las victorias alcanzadas en el valle de Aneu y en el de Ampurias, junto con los continuados encuentros, en los cuales siempre fué Otger el vencedor, llegaron á sembrar el terror y el espanto entre los sectarios del falso profeta.

Por muerte del invencible Otger y oyendo las amonestaciones del guerrero moribundo, fué elegido como caudillo Dapifer de Moncada, quien legó su cometido á Seniofré, tomando desde luégo el nombre de los *Independientes de Cataluña*.

Los árabes habían adelantado en sus conquistas y dominaban el país hasta Narbona. Empero Ludovico Pio envió sus soldados para vengar anteriores derrotas, los cuales tuvieron que replegarse no pudiendo resistir al empuje de la caballería musulmica que acaudillaba Al-Kakem. El Consejo de Tolosa acordó no obstante volver otra vez á la lucha (796) y organizó nueva expedición á las órdenes de Ludovico, que afortunadamente dió los más felices resultados, llegando á bloquear á Barcelona, que no pudieron conquistar después de muchos y repetidos combates. Mas nuevos y valientes guerreros animaron á los sitiadores, el caudillo musulman Zeid quiso buscar un apoyo seguro y eficaz en el amir de Córdoba, pero cayó prisionero; la ciudad heroica falta de su capitán se entregó á los soldados de Ludovico capitaneados por Guillermo de Tolosa. Barcelona fué erigida en *condado*, siendo su primer conde el intrépido Bara; después de la victoria se distribuyeron entre aquellos guerreros muchas mercedes y distinciones.

Bara al frente de un cuerpo de ejército y ayudado de otros caudillos coadyuvó para que Ludovico llevara á feliz término la conquista de Tortosa, que no pudieron realizar por la tenaz resistencia que los moros opusieron, levantando el sitio después de un reñido y sangriento combate. Al año siguiente volvieron á la lucha con el mismo resultado; pero en la tercera expedición guiada con mejor fortuna, logró el ejército de Ludovico posesionarse de la codiciada ciudad. El conde de Urgel derrotó á los piratas en las aguas de Mallorca, que estaban ya fuera de la tregua celebrada por Ludovico; y acusado el conde Bara de traidor, quedó vencido en el juicio de Dios por Senila. De aquí el que se nombrara para conde de Barcelona á Bernardo, hijo de Guillermo de Tolosa. Empero acusado á su vez de traición para con su rey y señor, murió después

de varias alternativas, dejando á la posteridad trágica y plañidera memoria. En los tiempos de este conde los sectarios de Mahoma se apoderaron otra vez de Barcelona y Urgel.

Los partidarios del conde Bara levantaron el estandarte de rebelión, capitaneados por Ayzón. Parecía en su principio que saldrían airosos con su empresa, pero tuvieron que refugiarse en Zaragoza, huyendo del ejército franco que les perseguía.

Bernardo había recibido grandes mercedes de Ludovico, y se le acusaba de mantener con la emperatriz criminales amores, por cuya causa se le despojó



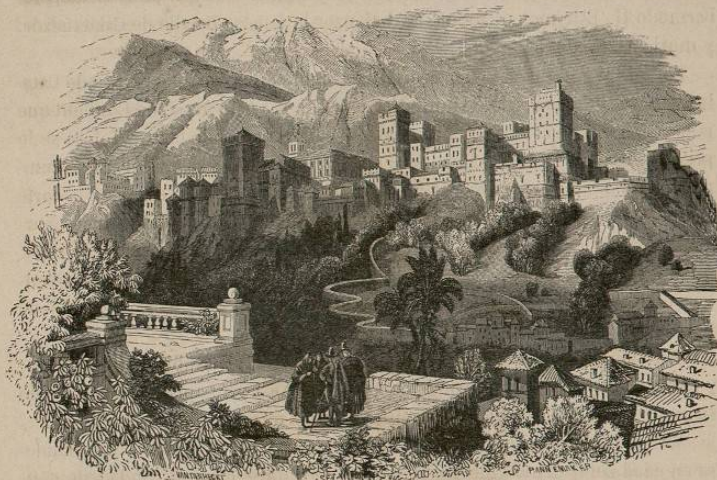
Ramón Berenguer I el Viejo, séptimo conde de Barcelona.

de todos sus honores y dignidades: el condado de Barcelona pasó á Berenguer hijo de Hunrico, el cual sólo reinó cuatro años. Á su muerte el condado volvió á Bernardo reconciliado ya con el emperador.

Muerto el conde Bernardo trágicamente, pasó el condado de Barcelona á Seniofredo, á éste siguió Aledrán, después se nombró á Guillermo, y luego á Alarico ó Udalrico, que parece estaba casado con una hija de Bara...

Al propio tiempo entre los navarros, en el último cuarto del siglo nono, aparece como fundador de una monarquía García ó Garcés, hijo de García Arista, llamado Iñigo Arista ó Sancho Iñigo, quién celebró un pacto con Don Ordoño I, intitulándose gobernador de Pamplona.

Durante aquellas luchas intestinas que traían á los musulmanes en completo desconcierto, los cristianos no supieron ó no quisieron aprovechar tan favorable coincidencia para destruir al enemigo común. Verdad que las rivalidades pululaban también entre los defensores de la fe, y los magnates y poderosos señores sólo aspiraban á declararse independientes imitando á los sarracenos. De modo que unos y otros tendieron á fraccionarse, siguiendo el espíritu feudal de la época. En medio de aquellas rebeliones y constantes intrigas, no faltó algún príncipe pusilánime, que descuidando su sagrado compromiso olvidara que



La Alhambra de Granada.

en manera alguna debía desatender su misión de liberrar á su patria del yugo sarraceno, lo cual no era incompatible con el fervor de un rey cristiano.

Los tres hijos de Don Alfonso III se repartieron la monarquía después de la muerte de su padre. Tocóle á Don García el reino de León, que pasó á su hermano Don Ordoño II, titulado ya rey de Galicia. Este monarca emprendió jornada contra moros y murió en Zamora, pasando la corona á las sienes de su otro hermano Don Fruela II, que llevaba el título de rey de Oviedo. Empero, orlaron sus sienes las coronas de Asturias y León refundidas en una sola.

Don Alonso, cuarto de este nombre, llamado el *Monje*, hijo del anterior monarca, renunció el cetro á favor de su hermano Don Ramiro II, el cual después de haber castigado á sus parientes, alcanzó repetidas victorias contra mo-

ros. Durante este reinado se ha supuesto también la batalla de Clavijo. A la muerte del monarca la corona de León pasó á las sienes de su hijo primogénito Don Ordoño III, que de grave dolencia murió en Zamora.

Subió al trono Don Sancho I, llamado el *Craso*, y creyendo que sería inútil por su mucha obesidad, pretendió la corona Don Ordoño IV, apellidado el *Malo*; pero vuelto el monarca legítimo á su agilidad natural, recuperó el centro, y el intruso huyó cobardemente para acabar la vida entre los agarenos.

Al bajar á la tumba Don Sancho I, ocupó el trono de León su hijo D. Ramiro III, que hurano y sin prestigio descendió al sepulcro, siendo proclamado Don Bermudo II. Este monarca ganó á Al-Manzor la famosa batalla de Calatañazor, y murió agravado de la gota...

Según las antiguas crónicas catalanas, siguió á los Independientes de Cataluña un tal Jofré, Vifredo ó Humfrido, señor de Ria ó de Arriá, en Conflent que gobernaba el país con independencia. Por haber marchado contra Tolosa se le privó de todos sus títulos y honores; empero cuando deseoso de sincerarse cumplidamente de los cargos que le imputaban sus enemigos, se dirigía á la corte acompañado de su hijo, en el camino fué asesinado villanamente por los partidarios del conde Salomón ó tal vez por el mismo conde. El joven Vifredo, que apenas contaba diez años de edad, juró sobre el cadáver de su padre vengar aquella infame muerte, y siguió á los asesinos hasta la corte de Carlos el Calvo.

Salomón que era conde de Cerdeña y Rosellón, lo fué también de Barcelona; y es común opinión que murió á manos del Velloso para aplacar los manes de su padre. Todos estos condes fueron feudatarios de los reyes carolingios.

Vifredo llamado el *Velloso*, fué educado por el conde Balduino, y hallándose en edad competente vino á Barcelona, donde dió muerte al conde Salomón, que había sido el asesino de su padre, proclamándose conde de Barcelona. Casóse luego con Vinidilda hija de los condes sus amigos y protectores, dando por todas partes pruebas repetidas de su valor y arrojo: tales fueron sus extraordinarios prodigios que fué considerado como el primer guerrero de su tiempo. Herido en la batalla que sostuvo contra los normandos, y pidiendo al monarca una divisa para escudo, Carlos mojó los cuatro dedos en la sangre del guerrero y señaló cuatro barras, diciendo: *De hoy más estas serán, conde, vuestras armas*: tal es el origen del escudo catalán.

Los musulmanes aprovecharon la larga ausencia de Vifredo y se apoderaron de varias plazas; mas apenas restablecido de sus heridas pidió permiso al rey para lanzarlos de sus estados, y además que le librara del feudo, todo lo cual fué concedido por Carlos, arrancando de aquí la soberanía de los condes de Barcelona. Los sarracenos se retiraron ante el valor indomable y la tenaci-

dad del Velloso; el cual ayudado de sus buenos catalanes recorrió en triunfo las comarcas de Lérida, Barcelona y Narbona. En estas gloriosas conquistas es fama que tomaron parte varios hermanos suyos. Es opinión de muchos eruditos, que Vifredo el Velloso murió en el año 898, pasando el triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona á su hijo Vifredo II.

El Velloso á su muerte tenía nueve hijos. Vifredo II en quien recayó la soberanía era el segundo, porque el primero llamado Rodulfo era abad del monasterio de Ripoll fundado por su padre. Vifredo II, que algunos conocen con el nombre de Borrell I, continuó la guerra contra los moros, y parece que murió de veneno, dejando una hija que se apellidaba Riquilda (912).



Toma de Sevilla por San Fernando.

Por muerte de Vifredo II la corona condal pasó á las sienes de su hermano Sunyer, que poseía el condado de Besalú y carecía de sucesión varonil. Pocas empresas guerreras acometió este príncipe y sólo protegió las fundaciones religiosas, retirándose en el monasterio de la Grasa, donde concluyó sus días. El trono condal se dividió entre Borrell y Mirón su hermano, que murió muy pronto sin dejar sucesión. Sólo quedó Borrell II, que tuvo que hacer frente á todos los contratiempos y vicisitudes que se suscitaron, protegiendo no obstante á las ciencias, de las que fué muy adicto y admirador. De vuelta de Roma perdió á su esposa Lutgarda, y desde entonces comenzaron las desgracias de Cataluña; Barcelona cayó en poder de Al-Manzor, y Borrell llamó á todos los nobles y gentes de guerra. Un ejército de valientes caballeros, aumentado con

nuevecientos guerreros llamados *homens de paratge*, cayó cual nube de fuego sobre la hueste mahometana y recuperó la envidiada ciudad, siguiendo sus victorias hasta haber reconquistado todo el condado. Borrell II bajó al sepulcro á los pocos años (992).

Los condados de Barcelona, Ausona, Manresa y Gerona pasaron á su hijo primogénito Ramón Borrell III, y el de Urgel á su segundo llamado Armengol. Los moros volvieron otra vez á Cataluña, hasta que llegó á celebrarse una alianza con los catalanes, de la cual resultó la expedición que éstos hicieron á Córdoba, donde alcanzaron abundantes laureles (1010). Vuelto Borrell III á la capital de sus estados se entregó al cuidado y fomento de su reino, habiéndole sobrecogido la muerte. La corona pasó á su único hijo llamado el *Curvo*...

Sancho García pudo extender el territorio de Navarra, y entregó el gobierno á su hijo García (Abarca), que perdió la batalla de Val-de-Junquera. Por su muerte pasó el cetro á su hijo Don García II llamado el *Temblón*...

Los castellanos eligieron dos magistrados, que fueron Nuño Rasura y Lain Calvo. Al primero le sucedió su primogénito Nuño Fernández, y el sucesor de éste llamado Fernán González tomó el título de *conde*, apoderándose de Talavera y Madrid. Este conde fué el fundador del trono de Castilla, tratando paces con el califa de Córdoba: murió en Búrgos. Antes se habían reconocido como condes de Castilla á Don Rodrigo, Don Diego Rodríguez y Don Gonzalo Rodríguez.

Á la muerte de Don Bermudo II la corona de Asturias y León pasó á las sienes de su hijo Don Alfonso V, que falleció en el cerco de Viseo. Ocupó el trono Don Bermudo III, que desgraciadamente vino á sucumbir en la batalla de Carrión: era el último descendiente de Don Alfonso I (el católico). Doña Sancha, su hermana, heredó á Asturias y León, y casada con Don Fernando I, reunió este monarca bajo su cetro á Castilla, Asturias y León, realizando muchas conquistas á los musulimes acompañado siempre de su esposa (1037). Don Fernando era hijo segundo del de Navarra.

Don Sancho II llamado el *Fuerte*, hizo á sus hermanos cruda guerra y reunió de nuevo á Castilla y León que se habían separado por disposición de su padre, siendo víctima en el sitio de Zamora de un bote de lanza que le diera Vellido Dolfos.

Don Alonso, que se hallaba en Toledo protegido por Al-Mamun, fué elevado al trono: era el *sesto* de este nombre y se le distinguió con el epíteto de el *Bravo*. Gobernó con su hermana Doña Urraca, habiendo jurado en manos del Cid Campeador, Ruy Díaz de Vivar, no haber tenido parte en la muerte de su hermano, y después de la lucha con el aragonés se coronó el hijo de Doña Urraca con el nombre de Alfonso VII: este monarca que se le conoce con el

elevado título de *Emperador*, ganó muchas batallas que le permitieron extender sus dominios. Ya en vida había dividido el reino entre sus dos hijos Sancho y Fernando.

Su primogénito Don Sancho III el *Deseado*, murió en Toledo á los veinte y seis años, y ceñía ya la diadema castellana: dejó un niño de tierna edad que luego fué Don Alfonso VIII. Durante la memoria de este príncipe hubo las terribles contiendas entre las dos poderosas familias Castros y Laras. Fué el vencedor de las Navas, muriendo en la aldea de Arévalo, y dejó á la infanta Doña Berenguela tutora del príncipe Don Enrique.]



D. Jaime I de Aragón el Conquistador.

Ciñó la corona de Castilla el príncipe Don Enrique I, y en razón á la poca edad del monarca nombróse á Don Álvaro Núñez de Lara en calidad de regente. Su hermana por su mucha discreción, había sido nombrada tutora. El joven monarca murió en Palencia á los trece años, de una herida en la cabeza, ocasionada por un descuido que envolvía grave responsabilidad para el regente.

Á la muerte de Don Fernando II que era rey de León, se proclamó á su hijo Don Alfonso IX, el cual de su segundo matrimonio, anulado como el primero por el Pontífice, tuvo al príncipe Don Fernando, *tercero* de este nombre...

Berenguer Ramón I apellidado el *Curvo*, era todavía muy joven cuando



ciñó la corona condal, teniendo que ponerse al frente de los negocios públicos la condesa viuda Ermesinda. Mujer singular, que á su extraordinaria belleza reunía una gran discreción y ánimo varonil. Empero alcanzando el joven conde la edad conveniente, casó con Sancha hija del Duque de Gascuña, y tomó en seguida las riendas del gobierno, cimentando el derecho y la ley sobre sólidas bases: no fué este conde amigo de guerras ni triunfos estrepitosos. Muerta su esposa casó en segundas nupcias con Guisla hermana del conde Hugo de Ampurias y á su regreso de una expedición que hizo á Roma, pasó á mejor vida, dejando el cetro á su hijo.

Era éste, Ramón Berenguer I, llamado el *Viejo* por su tino, sensatez y prudencia en el gobierno, el cual contrajo matrimonio con Isabel, hija al parecer del conde de Carasona. Cataluña presentaba en su conjunto un estado abatido y lastimoso, y para buscar un remedio eficaz á tanta postración moral, creyó conveniente convocar una asamblea de magnates, donde se decretó la llamada *tregua de Dios*, y otros preceptos y medidas en beneficio de la Religión y sus ministros.

Restauró las fronteras donde hizo levantar varios castillos y supo reprimir con mano fuerte la soberanía de la casa Vizcondal y la de otros elevados personajes, llegando hasta el punto de que los moros le rindiesen parias.

En esta época (1050) existían en Cataluña los condados de Urgel gobernado por Armengol II, el de Ampurias donde se hallaba Hugo hijo de Vifredo conde del Rosellón y Ampurias (el del Rosellón tocó por herencia á Gilaberto), el de Besalú gobernado por Bernardo *Talla-ferro*, y el de Cerdaña que lo poseía Vifredo hijo de Oliva Cabreta y después Ramón ó Raymundo su hijo.

Ramón Berenguer I casó en segundas nupcias con Blanca, la cual fué repudiada para contraer tercer matrimonio con Almodis, de la que tuvo cuatro hijos; dos de ellos gemelos. Paseó sus armas triunfantes por Urgel, Lérida y Tarragona, obligando al amir de Zaragoza á pagarle parias y celebrando varios tratados y alianzas que le permitieron ensanchar sus Estados: la consagración de la catedral de Barcelona extendió la jurisdicción eclesiástica. En su última época planteó la reforma civil y procuró remediar los males que afligían á la Iglesia; se compilaron los *Usatges*, y poco después se adoptó el oficio romano por la intervención del cardenal Hugo (1071). Para contrabalancear el auxilio que los cristianos de Castilla y Galicia prestaban al amir de Toledo, contrató con el de Sevilla apoyarle con una fuerte hueste de guerreros. Entonces fué cuando se cometió el horroroso parricidio de la condesa Almodis por el hijo primogénito del primer matrimonio, llamado Pedro Ramón, sin que se hayan podido vislumbrar las causas que pudieron inducirle á semejante crimen. El asesino murió en su peregrinación á Tierra Santa; su padre después de tan

triste acontecimiento bajó también al sepulcro: Ramón Berenguer I contaba sólo cincuenta y dos años de edad (1076).

Á la muerte de Ramón Berenguer I el *Viejo*, ciñeron la corona condal de Barcelona, los dos hermanos gemelos. El primero se llamaba Ramón Berenguer II, y el otro Berenguer Ramón II. El uno de carácter dulce, gallarda presencia y blonda y rubia cabellera fué apellidado *Cap d'estopa*; y el segundo más duro y avieso, ha sido señalado por la posteridad con el denigrativo epi-



D. Alfonso X el Sabio.

teto de el *fratricida*. Desde el principio de su reinado hubo poca armonía entre los dos hermanos, dividiéndose entre sí los estados y señoríos, y celebrando al fin un tratado que se le designó con el nombre de *definición y pacificación*. Ramón Berenguer había contraído matrimonio con la hija del duque de Calabria llamada Matilde, y de este enlace nació un hijo que se apellidó como el padre, Ramón Berenguer.

Poco tiempo había trascurrido, cuando yendo de caza Ramón Berenguer, *Cap d'estopa*, entre San Sadurn y Hostalrich, fué asesinado alevosamente: las

crónicas señalan á su hermano como autor de este asesinato: de aquí el sobre nombre de *fratricida*. El cuerpo del desgraciado monarca sacado de un lago, fué sepultado en la catedral de Gerona.

El fratricida se sentó en el trono condal contra lo terminantemente dispuesto por su padre, y Matilde con su hijo recién nacido continuaron en Rodez, viéndose precisada á pedir auxilios á los hermanos Senescal. Muchos nobles y caballeros quisieron vengar la muerte de Ramón Berenguer y se reunieron en asamblea, pero el fratricida supo asegurarse en el trono á despecho de todos, y además obtuvo la codiciada tutela del príncipe su sobrino que había dejado en la orfandad.

Después de haberse salvado en Cataluña de la terrible tormenta, acometió empresas temerarias contra el Cid Campeador, en una de las cuales cayó prisionero; pero recobrada la libertad pudo llevar á término la reconquista de Tarragona (1089). Vuelto de nuevo á la lucha contra Don Rodrigo Diaz de Vivar (el Cid), fué con suerte tan malhadada, que le hizo segunda vez prisionero, siendo rescatado mediante una suma enorme. Después de muchas alternativas y vicisitudes y de haberse celebrado el *juicio de Dios* ante el rey de Castilla, partió para Palestina con la primera cruzada, donde halló una muerte gloriosa, digna, en verdad, del cristiano y del caballero.

El conde Ramón Berenguer III que le sucedió, era aún muy joven cuando comenzó á empuñar las riendas del gobierno. Era la época infausta en que los almoravíes dominaban en España. Perdida su primera esposa, que era hija del Cid, contrajo segundas nupcias y celebró diferentes alianzas con varios magnates, consagrándose con preferencia á la guerra contra los musulmanes. La toma de Balaguer, población de no escasa importancia ya por aquellos tiempos, el descalabro de los almorabitos y otras muchas hazañas y conquistas, demuestran hoy el carácter belicoso del conde. Muerta su segunda esposa, celebró terceras nupcias con Dulcía de Provenza, y con la dote de esta señora aumentó sus Estados. Arreglados sus negocios de familia, y puestos en buen orden los de ciertos magnates, se dispuso para auxiliar con sus tropas á los pisanos contra los moros mallorquines, y después de haber llamado á los grandes y señores de sus Estados formó una cruzada que salió del puerto de los Alfaques con rumbo á las Baleares.

Grande era para Ramón Berenguer III la gloria que iba á adquirir: conquistó primero á Ibiza y luégo se apoderó de Palma de Mallorca después de una lucha obstinada, donde sucumbieron los más valientes capitanes. Vuelto precipitadamente para defender á Barcelona (1113), derrotó á los sectarios de Mahoma en el *paso del Congost*, resolviendo enseguida pasar á Italia en busca de nuevas y gloriosas empresas. Regresa otra vez á Cataluña y rinde muchos castillos y plazas, adquiriendo con justicia el renombre de *Gran Capitán*. Ta-

rragona, Tortosa y Lérida le tejieron una corona de laureles legítimamente adquirida. Tratados y convenios celebrados con los primeros reyes y magnates de la época, colocaron al noble conde de Barcelona Ramón Berenguer III, entre los primeros políticos de su tiempo. Muerta la condesa Dulcía y después de haber arreglado asuntos domésticos de gran interés y trascendencia, hizo que le condujeran al hospital de Santa Eulalia contiguo á su palacio y en traje de templario, como si fuera un humilde mendigo, aguardó la muerte con verdadera resignación cristiana (1131). La posteridad le distinguió llamándole *Berenguer el Grande*.

Toda vez que hubo bajado al sepulcro Ramón Berenguer III, heredó el condado de Barcelona su hijo primogénito Don Ramón Berenguer IV, que apenas contaba diez y siete años de edad. Al comienzo de su soberanía tuvo que reprimir las demasías de la indomable casa de los Castellet, y aconsejado de Olegario, arzobispo de Tarragona, llamó á Cataluña á la Orden de los templarios y trató matrimonio con Beatriz, hija única del conde de Melqueil. Los acontecimientos del reino de Aragón hicieron que Doña Petronila su presunta reina se desposara por razón de Estado con Ramón Berenguer IV, cuyo matrimonio no llegó á consumarse hasta pasados catorce años. Don Ramiro II padre de Petronila había hecho cesión de la corona, y á la vez ordenado á todos sus vasallos que obedeciesen al conde como su rey y señor.

Á pesar de los inconvenientes que se suscitaron, el conde desplegó en este complicado negocio gran tacto y prudencia. La restauración de Aragón y su unión con Cataluña elevaron al conde á su mayor apogeo como guerrero y político previsor, sagaz y entendido. Acallado y sujeto el conde de Ampurias, celebradas paces con el de Navarra y el castellano por la mediación del conde de Tolosa, que dejaron á Berenguer aislado, y zanjados cuantos inconvenientes presentaba el testamento del *Batallador* á favor de los caballeros del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro, órdenes militares todas de gran prestigio y poder, pudo consagrarse á la pacificación y obediencia de varios magnates poderosos que andaban algún tanto soliviantados y descontentos. También se ocupó de la guerra con los Báucios, que había tomado colosales proporciones. Vuelto de la conquista de Almería preparó una cruzada para rendir á Tortosa; y á pesar de haber roto la tregua el navarro, pudo aún conquistar á Lérida, Fraga y Mequinenza, donde repartió grandes mercedes é hizo numerosas donaciones. Llevada á debido efecto la boda con Doña Petronila, nació de esta unión el príncipe Don Ramón que más adelante trocó su nombre por el de Alfonso, siendo el segundo de este nombre.

Recto y justiciero ante la ley, prudente y comedido en los consejos y valiente y arrojado en los campos de batalla, la fama de nuestro conde llegó á

ser universalmente reconocida y admirada, siendo buscado como mediador y amparo en los grandes peligros y desventuras y en todas las desavenencias. Apenas falleció Don Alfonso de Castilla, tuvo Don Ramón Berenguer una entrevista con Don Sancho el *Deseado*, para arreglar algunos asuntos relativos á ciertas ciudades que aun permanecían en poder del castellano; celebró después una liga con el rey de Inglaterra y un tratado con el emperador de Alemania á fin de concluir de una vez con los Báucios, que de nuevo se habían presentado á la lucha; y dirigiéndose á Turín para dar cumplimiento al artículo sexto del tratado celebrado con el emperador Federico, le sobrecogió una terrible enfermedad de la que murió (1162), estando en el Burgo de San Dalmacio en Génova. Con Ramón Berenguer IV concluyeron los *Condes reyes* de Barcelona para principiar con los *Reyes condes*. Este monarca ha sido respetado, elogiado y hasta admirado de la posteridad, que le ha distinguido y enaltecido con el dictado de *Santo*.

Don Ramiro es el *primer* rey de Aragón, el cual halló una muerte gloriosa en el campo de batalla. Su hijo Don Sancho hizo cruda guerra á los musulmanes, y habiendo fallecido en el sitio de Huesca, fué reconocido por sucesor su primogénito Don Pedro I, quien recobró la ciudad de Barbastro que había sido conquistada por su padre. Huesca se entregó, y el monarca pasó á mejor vida sin dejar sucesión.

La corona aragonesa cubrió las sienes de Don Alfonso I, llamado el *Batallador*, que estaba casado con Doña Urraca. Hizo diferentes expediciones, ganó muchas batallas y rindió á Zaragoza, encontrando una muerte digna de un valiente en la batalla de Fraga. No tuvo sucesores, y el cetro aragonés pasó á las manos de Ramiro II, *apellidado el rey cogulla* ó el *Monje*, por haber sido abad de Sahagún. De su matrimonio con Doña Inés de Poitiers, nació Doña Petronila. Murió en el monasterio de San Pedro el viejo, de Huesca, después de haber abdicado el cetro á favor de su hija.

Cuando Don Alfonso II, hijo de Ramón Berenguer IV y de Petronila, hubo cumplido catorce años, la Reina madre le entregó las riendas del Estado. El nuevo monarca aumentó sus reinos por herencia y falleció en Perpiñán, dejando la corona á su primogénito Don Pedro.

Don Pedro II de Aragón y Cataluña después de varias correrías marchó á Roma, y se casó con Doña María, señora de Montpellier, de cuyo matrimonio, como por novela, nació el príncipe Don Jaime. Parece que protegía la herejía de los albigenses, y murió en los campos de Muret...

La Navarra se había extendido bajo el mando de Don Sancho el *Mayor*, que descendió al sepulcro en edad avanzada, dividiendo sus estados entre sus cuatro hijos.

Don García III rey de Navarra embelleció la ciudad de Nájera, y halló su muerte en la batalla de Atapuerca. Ocupó el trono su primogénito Don Sancho III, que fué asesinado por su hermano Don Ramón arrojándolo á un precipicio desde un monte elevado.

Los navarros sentaron en el trono á Don García IV, contra la elección que se hizo á favor de Ramiro, á la sazón monje de San Ponce de Torreras. Después de muchos disgustos de familia vino Don García á morir en Estella. Fué su heredero el joven Don Sancho IV llamado el *Sabio*, que falleció después del arreglo habido por la mediación del rey de Inglaterra. Le sucedió su hijo Don Sancho V, apellidado el *Fuerte*, el cual celebró un tratado secreto con el marroquí, y agobiado por los años y por las penas pasó á mejor vida hallándose en Tudela. Los navarros proclamaron por rey á Don Teobaldo...

La Castilla estaba gobernada por García Fernández, que dejó de existir hallándose prisionero. Su hijo Don Sancho I sucedió á su padre, y obtuvo de Don Bermudo III, la doble merced de titularse rey y la mano de su hermana Doña Sancha; pero antes de realizarse la boda fué asesinado por Rodrigo Vela.

Y como notara Don Alfonso VII, que los condes de Portugal se manifestaran indiferentes cuando su elevación al trono, marchó á Zamora donde tuvo una entrevista con su tía Teresa, hija de Don Alfonso VI y de su amiga Doña Jimena Muñoz; mas á pesar de las excusas dadas, las desavenencias se ventilaron en los campos de San Mamed.

Estaba esta señora casada con Enrique de Borgoña, y con talento y sagacidad se proclamaron independientes, dando el dictado de rey de Portugal á su hijo llamado Alfonso Enríquez, el cual murió batallando contra infieles en Santarén. Le sucedió el primogénito apellidado Don Sancho I de Portugal, que bajó al sepulcro, dejando el reino á Don Alfonso II su hijo. Este monarca se ocupó de las cuestiones eclesiásticas más bien que del gobierno de su reino, y por su muerte ciñó la corona Don Sancho II llamado *Capelo*...

El reino de Granada era el último Estado y la última forma de la monarquía musulmana en España. Sangrientas y asoladoras guerras civiles nacidas de odios y rivalidades debilitaron poco á poco el poder musulmico, y la batalla de las Navas abatió el estandarte de Mahoma, insignia de los ejércitos victoriosos de los al-mohades, viniendo á aumentar los males y las disensiones de los ambiciosos, que á cada instante comprometían sus intereses y nacionalidad.

Don Fernando III, rey de Castilla por renuncia de su madre Doña Berenguela, aclamada por las cortes de Valladolid, después de haber apaciguado las turbulencias de los primeros años de su reinado y reconciliado con su padre Don Alfonso de León, se consagró en exterminar á los moros, haciendo continuas correrías y algaras en los buenos tiempos, y descansando en Toledo du-